

Escepticismo e idealismo en la “Prueba del mundo exterior” de G.E. Moore¹

Federico Burdman
UBA/CONICET

Resumen: El argumento de G.E. Moore en “Prueba del mundo exterior” parece consistir en una flagrante petición de principio y adolecer de una incompreensión del desafío representado por las hipótesis escépticas. Aquí intentaremos una interpretación que evite ambos cargos. A tal fin, distinguiré entre los modos en que Moore concibe su posición dialéctica frente a sus rivales idealistas y escépticos, y abordaré la concepción del problema escéptico que subyace al planteo mooreano. Finalmente, defenderé que el núcleo del argumento consiste en una afirmación anticartesiana aun cuando su relevancia epistemológica se encuentra en su potencial como respuesta a una problemática sobre la justificación más cercana a un escepticismo de tipo pirrónico.

Palabras clave: idealismo; escepticismo; cartesianismo; sentido común; certeza

Abstract: “Skepticism and Idealism in G.E Moore’s ‘Proof of an External World’”. G.E. Moore’s argument in “Proof of an External World” seems to beg the question against the skeptic and to miss the point of the challenge posed by skeptical hypotheses. I propose an interpretation that frees the argument from both charges. Starting from a distinction between the way Moore understood his dialectical position against the idealist and the skeptic, I attempt to illuminate the conception of skepticism that lies behind his argument. I propose that the argument’s core is found in a strong anti-Cartesian statement, even though its relevance for epistemology is to be found in its potential as a stance regarding justification which is closer to the problematic of Pyrrhonic skepticism.

Key words: idealism; skepticism; Cartesianism; common sense; certainty

¹ Agradezco a dos evaluadores anónimos por su atenta lectura y sus valiosas sugerencias para el mejoramiento de este artículo. Agradezco también a Diana Pérez y a los integrantes de nuestro grupo de investigación bajo su dirección por la discusión de versiones anteriores de este trabajo.

La famosa “Prueba del mundo exterior” de G.E. Moore² (en adelante, PME) descansa sobre un argumento en apariencia simple y sumamente inocente. Allí sostiene Moore que puede probar que existen “cosas exteriores” a nosotros, ya que esto puede deducirse de la afirmación de la existencia de al menos dos cosas exteriores, a saber, sus propias manos. Dado que conoce (con certeza) que sus manos existen, y dado también que la inferencia de sus premisas a su conclusión es inobjetablemente válida, Moore afirma entonces haber ofrecido una prueba de la existencia del mundo exterior.

En los últimos años, una serie de artículos ha revivido la discusión en torno a este argumento, su relevancia para el problema escéptico y las lecciones epistemológicas que podemos extraer de él para las discusiones contemporáneas³. El interés que despierta la discusión del argumento es reflejo de su carácter desconcertante. En efecto, el argumento parece adolecer de dos problemas elementales: parece tratarse de una obvia petición de principio, esto es, parece ser epistémicamente circular de un modo no-virtuoso, y parece reflejar una incomprensión total de la naturaleza del desafío presentado por las hipótesis escépticas.

Mi acercamiento al argumento de Moore aquí partirá de dos decisiones metodológicas: por un lado, me inclinaré por pensar que una lectura del

² Al respecto, puede verse el texto de G.E. Moore titulado *Proof of an External World* de 1939; reimpresso en: Moore, G.E., *Philosophical Papers*, Londres: George Allen & Unwin, 1959, pp. 127-150.

³ Cf. Lycan, W., “Moore against the New Sceptics”, en: *Philosophical Studies*, CIII, (2001), pp. 35-53; Greco, J., “How to Reid Moore”, en: *The Philosophical Quarterly*, LII, 209 (2002), pp. 544-563; Wright, C., “(Anti-)Sceptics Simple and Subtle: G.E. Moore and John McDowell”, en: *Philosophy and Phenomenological Research*, LXV, 2 (2002), pp. 330-348; Wright, C., “Warrant for Nothing (and Foundations for Free)”, en: *Proceedings of the Aristotelian Society*, LXXVIII (2004), pp. 167-212; Pryor, J., “The Sceptic and the Dogmatist”, en: *Noûs*, XXXIV, 4 (2000), pp. 517-549; Pryor, J., “What’s Wrong with Moore’s Argument?”, en: *Philosophical Issues*, XIV (2004), pp. 349-378; Coliva, A., “The Paradox of Moore’s Proof of an External World”, en: *The Philosophical Quarterly*, LVIII, 231 (2007), pp. 234-243; Coliva, A., *Moore and Wittgenstein. Scepticism, Certainty and Common Sense*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010; Durrant, W., “On Moore’s Refutation of *Esse is Percipi*”, en: *Philosophical Investigations*, XXIII, 1 (2000), pp. 26-47; Pritchard, D., “Resurrecting the Moorean Response to the Sceptic”, en: *International Journal of Philosophical Studies*, X, 3 (2002), pp. 283-307; Vilanova Arias, J., “El argumento modal de Moore contra el escepticismo”, en: *Análisis Filosófico*, XXX, 2 (2010), pp. 221-244; Sosa, E., “Moore’s Proof”, en: Nuccetelli, S. y G. Seay (eds.), *Themes from G.E. Moore. New Essays in Epistemology and Ethics*, Oxford: OUP, 2007; entre otros.

argumento en que este no consista más que en errores elementales como los aludidos anteriormente será una mala lectura, de modo que uno de mis objetivos será proponer un modo de entender a Moore en que su argumento resulte tan interesante como sea posible. Al mismo tiempo, trataré de hacer esto sin traspasar ciertos límites razonablemente fijados por la materialidad del texto de PME. Podemos formular entonces nuestro problema así: si suponemos que Moore no carecía de una comprensión elemental del problema escéptico y si suponemos que sabía en qué consistía una petición de principio y podía reconocer un ejemplo de ella, ¿de qué forma podemos entender el movimiento que estaba tratando de hacer al presentar su argumento y qué lecciones podemos sacar de él?

1. El argumento y su contexto

En un pasaje del prólogo a la segunda edición de la *Crítica de la Razón Pura*, Kant realiza su famoso diagnóstico: no poder ofrecer una prueba racionalmente satisfactoria de la “existencia de cosas fuera de nosotros” constituye un escándalo para la filosofía y para la razón humana universal⁴. PME se abre con esta cita de Kant y propone un análisis de la formulación del problema mediante una extensa discusión terminológica –que ocupa la mayor parte del artículo– sobre las semejanzas y diferencias en el uso apropiado de una serie de expresiones usualmente relacionadas con el problema del mundo exterior. Hay algunas cosas sorprendentes en este procedimiento, en primer lugar porque no resulta inmediatamente claro que la extensa y puntillosa discusión terminológica tenga algún peso sobre el argumento mismo que se ofrecerá luego como “prueba”. Y parece difícil pensar que Moore no haya advertido que un efecto posible, al menos, o una reacción natural ante la lectura de su trabajo podría ser de cierta impaciencia. De hecho, alguien que estuviera escuchando la exposición en que Moore presenta su “prueba de un mundo exterior”, habría pasado los primeros veinte minutos sin escucharle decir nada (o casi nada) sobre el asunto. La prueba misma se presenta recién en las últimas páginas del trabajo, y es seguida de una brevísima discusión de dos posibles objeciones, discusión que parece ser a todas luces insuficiente. No parece descabellado pensar

⁴ Cf. Kant, I., *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires: Colihue, 2007, p. 37, n. 58. Un detalle normalmente pasado por alto aquí es que Kant claramente identifica la prueba que hasta entonces no había sido dada (y que él ofrece en la segunda edición de la *Crítica*) con una refutación del *idealismo*, y no del *escepticismo*. Veremos más adelante (sección 3) la relevancia de esta distinción para entender la estrategia de Moore en PME.

entonces, como ha sugerido Soames⁵, que hay un aire de ironía en el modo en que Moore trata su tópico y las expectativas de su audiencia (motivadas por el título que él mismo elige para su trabajo), teniendo en cuenta la desproporcionada atención que presta a la discusión terminológica e incluyendo también el carácter desconcertante del argumento que luego presenta como la prueba misma. En la lectura propuesta por Soames, sin embargo, lo que Moore ofrece no es una respuesta al problema escéptico sino un comentario irónico sobre los filósofos que, como Kant, han pensado y piensan todavía que el problema merece ser tomado seriamente y que una “prueba” es, por tanto, necesaria. Sin desestimar del todo la idea de que haya un elemento de *performance* irónica en PME, veremos más adelante (sección 4) que es claro que Moore sí se tomaba en serio el desafío escéptico y que podemos encontrar en su argumento un planteo epistemológico más profundo de lo que puede parecer a simple vista.

La discusión terminológica inicial a la que antes me refería concierne a un grupo de expresiones usadas por Kant para denominar aquello cuya existencia debe probarse, y que usualmente se utilizan –erróneamente, según Moore– como equivalentes. Las expresiones en cuestión son:

- A. ‘cosas fuera de nosotros’
- B. ‘cosas externas’
- C. ‘cosas que son externas a nuestras mentes’
- D. ‘cosas que puede pueden ser encontradas en el espacio’
- E. ‘cosas que se presentan en el espacio’⁶

La discusión que plantea Moore tiene un eje aparente en la explicación de su distanciamiento del uso kantiano, aunque, como él mismo reconoce, ese distanciamiento no es un rasgo especial de su enfoque sino el esperable por parte de cualquiera que no adopte un esquema centrado en la distinción empírico/trascendental. De todos modos, la discusión no se restringe al señalamiento de esas diferencias, y Moore se extiende sobre las posibles relaciones de implicación entre proposiciones referidas a la existencia de uno u otro tipo de “cosas”. Dos de esas relaciones ocupan buena parte de la discusión:

- (D \supset E) . \sim (E \supset D)
- (D \supset C) . \sim (C \supset D)

⁵ Cf. Soames, S., *Philosophical Analysis in the Twentieth Century. Volume 1: The Dawn of Analysis*, Princeton: Princeton University Press, 2003.

⁶ En inglés en el original: “(A) ‘things outside of us’, (B) ‘external things’, (C) ‘things which are external to our minds’, (D) ‘things to be met with in space’, (E) ‘things presented in space’”.

El resultado poco emocionante de esta larga sección de PME consiste en un condicional: si puede demostrarse la existencia de dos cosas que puedan ser encontradas en el espacio (D), y que, como tales, son externas a nuestras mentes (C), se habrá probado entonces que existen cosas fuera de nosotros en el sentido requerido (A). Podemos notar rápidamente, por el momento, que a pesar de la extensa y puntillosa discusión terminológica Moore no hace ningún esfuerzo por desarrollar las características filosóficas del problema que trata, al punto que, como luego veremos, puede no resultar claro a qué tipo de posición filosófica se está oponiendo. Esto es, Moore no ofrece ninguna explicación sobre la motivación filosófica del problema del mundo externo ni lo caracteriza como problema metafísico o epistemológico, y procede directamente a realizar su prueba, que es ella misma, según la opinión general, el elemento más desconcertante de su trabajo.

Dado este escenario, Moore señala que está en condiciones de presentar una cantidad indefinida de pruebas igualmente rigurosas. En particular, puede probar la existencia de dos manos humanas, las suyas, en ese mismo momento, afirmando "aquí hay una mano humana", mientras hace un gesto indicativo con cada una de sus manos. La conclusión quedaría establecida entonces a partir de las equivalencias señaladas por la discusión anterior. La reconstrucción exacta de la estructura del argumento completo ha sido objeto de discusión, pero una reconstrucción estándar arrojaría (omitiendo la mano redundante):

1. Aquí hay una mano humana.
 2. Una mano humana es algo que puede ser encontrado en el espacio.
 3. Si algo puede ser encontrado en el espacio, es externo a nuestras mentes.
 4. Si algo es externo a nuestras mentes, existe fuera de nosotros.
- Por lo tanto,
5. Existen cosas fuera de nosotros.

Moore señala entonces que la prueba ofrecida es perfectamente rigurosa, dado que cumple con las tres condiciones que ha de cumplir toda prueba rigurosa:

- i. Las premisas son diferentes de la conclusión.
- ii. Las premisas son verdaderas y se sabe que son verdaderas.
- iii. La conclusión se sigue de las premisas.

Puede concederse a Moore fácilmente que su argumento cumpla con la primera y la última condición, mientras que parece claro también, como

señalamos al principio, que cualquier oponente de Moore tendrá que impugnar de alguna forma que cumpla con la segunda. Moore cree, sin embargo, que su prueba realmente cumple dicha condición y que él conoce la verdad de sus premisas. Señala en este sentido: “¡Cuán absurdo habría sido decir que no lo sabía, sino que solo lo creía pero que quizás no fuese el caso! Del mismo modo podría decirse que no sé ahora que estoy parado y hablando, que quizás no lo esté y que no es del todo seguro que lo esté”⁷. Esta última observación parece invitar a una réplica obvia, ya que el modo habitual de entender el desafío escéptico afirmaría precisamente eso, que Moore no puede saber, en el sentido relevante, que ahora está parado y hablando, entre otras cosas porque no puede descartar la posibilidad de que esté soñando.

Siguiendo con la discusión de la legitimidad de su prueba, Moore señala que todo el tiempo aceptamos pruebas similares a la suya como pruebas perfectamente válidas y concluyentes. Si surgiese, por ejemplo, una discusión respecto de si hay tres erratas en una página determinada, todos acordaríamos que un modo perfectamente legítimo y definitivo de resolver la cuestión podría consistir en tomar la página en cuestión y señalar “aquí hay un errata, y aquí otra, y aquí otra”.

Recién entonces trata de precisar Moore el valor anti-escéptico de su argumento, al considerar la objeción de que no ha probado la verdad de sus premisas ni ha defendido realmente su afirmación de conocimiento respecto de ellas, más allá de señalar que sería absurdo negarlas. Moore afirma ser perfectamente consciente de esta objeción y de que muchos considerarán que, a no ser que pueda probar sus premisas, su prueba carecerá por completo de valor. Y es en relación con esta objeción, aparentemente obvia, que presenta las ideas que constituyen la clave de su artículo. Allí encontramos: “esto [una prueba de las premisas del razonamiento], por supuesto, no lo he dado; y no creo que pueda darse: si eso es lo que se quiere decir con ‘prueba de la existencia de cosas externas’, no creo que ninguna prueba de la existencia de cosas externas sea posible... Para hacerlo, como señaló Descartes, tendría que probar que no estoy soñando ahora. Tengo, sin duda, razones concluyentes para afirmar que no estoy soñando ahora; tengo evidencia concluyente de que estoy despierto, pero eso es una cuestión diferente a poder probarlo. No podría decir cuál es toda mi evidencia, y se me requeriría eso al menos para dar una prueba”⁸.

50

⁷ Moore, G.E., *Proof of an External World*, pp. 146-147; todas las traducciones citadas son mías.

⁸ *Ibid.*

Este reconocimiento parece sorprendente, ya que si se admitiese la pertinencia del pedido de probar las premisas, entonces su "Prueba" parecería no ser, después de todo, una prueba. Queda claro que eso no es lo que Moore tiene en mente cuando, a continuación, sostiene que su incapacidad de probar las premisas de su razonamiento no implica que no fuesen verdaderas ni que él no *supiese* que eran verdaderas. Moore afirma entonces que sabe muchas cosas que, sin embargo, no puede probar, y que entre ellas se encuentran las premisas de su argumento. Dado que esto es así, concluye Moore, quienes objeten su prueba a partir de esa carencia no tienen ninguna buena razón para su insatisfacción.

2. Dos caminos a evitar ante el argumento de PME

La actitud de Moore frente al problema que trata y el argumento que ofrece como solución a él pueden resultar, como dijimos, desconcertantes. Dejando de lado las peculiaridades antes señaladas del modo en que es introducido y desarrollado el tema de PME, el motivo de desconcierto más inmediato está dado por dos fallas íntimamente relacionadas (y aparentemente obvias) que parece mostrar el argumento. Este parece (i) ser epistémicamente circular y (ii) desconocer las características básicas del desafío escéptico. No es sorprendente entonces que casi todo lo que se ha escrito acerca de PME suponga la acusación de que su argumento cae frente a uno o ambos de estos problemas.

La primera opción, acusar a Moore de una petición de principio, encuentra su versión mejor desarrollada en algunos trabajos relativamente recientes de Crispin Wright⁹. El punto de partida de Wright está dado por la reposición de un elemento ausente del argumento original: la especificación de la evidencia o las razones en favor de la primera premisa del argumento. Si suponemos que la evidencia en favor de "aquí hay una mano" es una experiencia sensorial (algo que, recordemos, Moore *no* afirma en PME), entonces el argumento podría reconstruirse en sus puntos esenciales como:

- (I) Tengo la experiencia sensorial como de una mano;
- (II) Tengo una mano;
- Por lo tanto,
- (III) Hay un mundo externo¹⁰

⁹ Cf. n. 3, *supra* para las referencias a los trabajos más recientes de Wright. Estos retoman las ideas de su muy discutido trabajo de 1985, "Facts and Certainty", en: *Proceedings of the British Academy*, LXXI, (1985), pp. 429-472.

¹⁰ En su trabajo de 2002, encontramos una variación de esta reconstrucción en que (II) no es *inferida* de (I) sino basada (*grounded*) directamente en la experiencia. Según el propio

Una vez explicitada esta estructura, el problema puede formularse más precisamente como una falla en la transmisión de garantías (*warrant*) de (I) a (II). El problema es un problema familiar de circularidad: la experiencia sensorial (I) puede ofrecer garantías para la creencia de que existen objetos empíricos (II) si y solo si se da por sentada la existencia de un mundo externo (III), ya que de otro modo la transmisión de garantías de (I) a (II) se vería bloqueada por las hipótesis escépticas. Al mismo tiempo, la existencia del mundo externo (III) es afirmada como conclusión a partir de (I) y (II). De este modo, según Wright, se hace patente que la prueba es epistémicamente circular.

Una interpretación en estas líneas es, creo, la más inmediata, y que además resulte tentadora, es precisamente lo que define, en parte, el problema que nos plantea PME. Esto es así en la medida en que el diagnóstico resultante sobre el argumento de Moore parece ser desastroso, y eso ya es una razón para revisar la interpretación si nos atenemos a algo así como un principio de caridad en el sentido davidsoniano. Al margen de este punto, la interpretación de Wright es sintomática también en al menos otros dos sentidos. Por un lado, el supuesto del análisis de Wright –i.e. que la premisa clave del argumento deriva su estatus justificatorio de la experiencia sensorial o de una proposición que describe una experiencia sensorial– es revelador en cuanto nos permite resaltar el hecho de que Moore *no* ofrece esa consideración. De hecho, afirma *no poder citar* la evidencia de la que dispone en favor de sus premisas. Más aun, en otros textos Moore ha intentado un argumento más cercano en este sentido al propuesto por Wright (veremos algo sobre este punto en la sección 4), de modo que el dato más saliente aquí es que en PME ha decidido precisamente intentar otro camino.

Adicionalmente, el texto de PME menciona explícitamente la necesidad de considerar las posibilidades señaladas por las hipótesis escépticas, de modo que no podemos suponer que Moore simplemente pasó por alto ese punto al considerar la justificación de sus premisas. El razonamiento parece ir más bien en sentido contrario: el punto interesante es que *a pesar de ello* afirmaba conocer la verdad de sus premisas.

Si una parte de nuestro problema está definida por el hecho de que el argumento de Moore parece, a primera vista, una flagrante petición de principio,

Wright, sin embargo, esto no modifica ningún punto central de la discusión de su trabajo de 1985. En la nueva versión, la prueba sería un simple *modus ponens*: “aquí hay una mano; si aquí hay una mano, entonces hay un mundo externo; por lo tanto, hay un mundo externo”.

la otra tentación que debemos evitar es concluir simplemente que el argumento supone una incomprensión total del problema escéptico. Son sintomáticas de este tipo de error las interpretaciones de Thompson Clarke y Barry Stroud¹¹. El análisis del argumento de Moore es ofrecido, en ambos casos, en el contexto de un análisis de la problemática escéptica. En términos del planteo de Stroud, la cuestión central para comprender el desafío escéptico está dada por la distinción entre las cuestiones que se plantean (y las cosas que podemos afirmar) al "interior" de nuestras prácticas epistémicas ordinarias, de las cuestiones específicamente filosóficas que plantea el escéptico respecto de la totalidad de tales prácticas. Estas últimas implican un tipo de cuestionamiento "externo", que depende de distanciarnos o "desprendernos" de todo el cuerpo de nuestros conocimientos acerca del mundo para poner en cuestión su relación con la realidad¹².

De este modo, encontramos en Stroud a uno de los principales defensores en los debates contemporáneos de la idea cartesiana según la cual el desafío escéptico se ubica en un plano de "investigación pura", donde sometemos a una evaluación estricta a la totalidad de nuestras afirmaciones de conocimiento sin referencia a las limitaciones pragmáticas y prácticas que imponen la acción, la comunicación y la cooperación. Como lo entiende Stroud, la fuerza del planteo escéptico consiste precisamente en sugerir la posibilidad de que, concebida desde un punto de vista desprendido, "externo", nuestra situación epistémica no se corresponda con la concepción que tenemos de ella al considerarla desde dentro de los contextos prácticos. Para Stroud, como para Clarke, adoptar una mirada externa, en este sentido, es la característica especial de la mirada filosófica sobre nuestras prácticas ordinarias.

Esta distinción sugiere ya dos modos posibles de considerar la fuerza del argumento de Moore en PME. Considerada desde la perspectiva interna de evaluación epistémica, lo que hace Moore en su prueba es, ante el planteo de una duda, simplemente recordarnos que efectivamente *sabemos* que existen cosas externas. Desde esta perspectiva, las afirmaciones de Moore son perfectamente inteligibles y perfectamente legítimas, y son, de hecho, verdaderas. Stroud insiste incluso en que no involucran ningún uso incorrecto de alguno

¹¹ Cf. Clarke, T., "The Legacy of Skepticism", en: *Journal of Philosophy*, LXIX, 20 (1972), pp. 754-769, y Stroud, B., *The Significance of Philosophical Scepticism*, Oxford: OUP, 1984.

¹² En la terminología de Clarke, la distinción correspondiente es entre lo "llano" y lo "filosófico". El diagnóstico resultante acerca del argumento de PME es muy similar en ambos casos.

de sus términos ni, en particular, del vocabulario epistémico. Al mismo tiempo, si la consideramos desde un punto de vista externo, la “prueba” resulta ser un fracaso rotundo, ya que es en este plano en que pueden plantearse las hipótesis escépticas. Y Moore no solo no articula una respuesta frente a las hipótesis cartesianas sino que confiesa cándidamente que cree que es imposible responder a ellas. Ante esa situación, resulta claro que Moore no puede afirmar legítimamente que conozca la verdad de sus premisas y su planteo no hace la menor mella sobre el desafío escéptico.

Esta interpretación del argumento de PME es precisamente un ejemplo del otro camino que deberíamos evitar. En efecto, seguir a Clarke y a Stroud nos lleva a suponer que, en algún sentido, Moore no advertía que el escenario planteado por las hipótesis escépticas no es un escenario de duda en el sentido práctico ordinario; esto es, implica suponer que Moore era capaz de cometer un error que dificultaría las posibilidades de aprobar sus exámenes a cualquier alumno de un curso introductorio de epistemología o filosofía moderna. De hecho, como resultado de esto, el diagnóstico de Stroud y de Clarke incluye pasajes muy duros hacia la capacidad filosófica de Moore. El diagnóstico de ambos, en definitiva, es que Moore era de algún modo incapaz de adoptar una perspectiva “externa”, filosófica, o incluso de sentir la fuerza de esa posibilidad. Stroud señala, por ejemplo, que “[la] capacidad para permanecer impertérrito frente a razonamientos filosóficos aparentemente inquietantes es característica de las confrontaciones de Moore con otros filósofos”, para añadir luego que “Moore es un fenómeno filosófico extremadamente desconcertante”¹³. Clarke, por su parte, concluye que la aparente incapacidad de Moore para comprender que su posición frente al escéptico era “flagrantemente dogmática” parece ser el resultado de una “lobotomía filosófica”¹⁴.

Las dificultades para dar sentido al argumento de PME que reflejan tanto la lectura de Wright como las de Clarke y Stroud parecen llevarnos directamente a preguntarnos por el modo de entender el problema escéptico con el que estaba trabajando Moore. Abordaremos ese punto en la sección 4. Una parte principal de la solución al “misterio” de PME está dada, sin embargo, por el simple hecho de que Moore no veía a su argumento como una respuesta frente al escéptico cartesiano.

¹³ Stroud, B., *o.c.*, p. 105; p. 126.

¹⁴ Clarke, T., *o.c.*, p. 757.

3. Un malentendido usual: ¿es el argumento de PME un argumento anti-escéptico?

Como ya notamos, uno de los rasgos sorprendentes de PME es que la larga introducción anterior a la presentación de la prueba misma omite toda discusión de los argumentos que hacen necesaria la prueba en primer lugar, es decir, omiten por completo una discusión de la motivación filosófica (epistemológica o metafísica) detrás de las posiciones que desafían de ese modo nuestra concepción ordinaria del mundo o de nuestra situación epistémica. Ante la falta de elaboración de Moore en este punto crucial para la comprensión del sentido de su argumento, y a partir del contexto de discusiones epistemológicas contemporáneo, la gran mayoría de los trabajos dedicados a PME lo han entendido sin más como un argumento anti-escéptico, dirigido contra un escepticismo de tipo cartesiano. De hecho, como vimos, esto explica parte de la perplejidad de muchos lectores de PME, en la medida en que parece obvio que el argumento no puede funcionar como respuesta a ese problema, o no al menos en ningún sentido usual. Que la lectura estándar del argumento sea como un argumento anti-escéptico no deja de ser, sin embargo, sorprendente, dado que el punto fue inequívocamente aclarado por el propio Moore en más de una ocasión, incluso sin contar que en PME reconoce, como vimos, que no ha respondido a las hipótesis escépticas y que *no cree que sea posible* ofrecer ninguna respuesta directa ante ellas¹⁵.

El punto es aclarado por Moore en su respuesta a los trabajos incluidos en su volumen de la *Library of Living Philosophers*: "Algunas veces he distinguido entre dos proposiciones diferentes, que han sido, cada una, sostenidas por algunos filósofos, a saber, (1) la proposición 'No hay cosas materiales' y (2) la proposición 'Nadie sabe con certeza que haya cosas materiales'. Y en mi último escrito publicado, mi conferencia ante la Academia Británica llamada 'Prueba de un mundo exterior'... sugerí [*implied*] con relación a la primera que podía *probarse* que era falsa del siguiente modo: sosteniendo una de mis manos en el aire y diciendo 'Esta mano es una cosa material; por lo tanto, hay al menos una cosa material'. Pero respecto de la segunda de estas dos proposiciones, que ha sido, según creo, afirmada mucho más frecuentemente que la primera, no creo haber sugerido nunca que podía *probarse* que *ella* fuese falsa de un modo tan simple; por ejemplo, sosteniendo una de mis manos en el aire y diciendo 'sé

¹⁵ Dos excepciones a este malentendido usual: cf. Baldwin, T., *G.E. Moore*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1990; Sosa, E., "Moore's Proof" (cf. n. 3 *supra*).

que esta mano es una cosa material; por lo tanto al menos una persona sabe que hay al menos una cosa material”¹⁶ (cursivas en el original).

El texto es claro: debe distinguirse entre el problema planteado por la afirmación metafísica del idealista y el planteado por la afirmación epistemológica del escéptico. Y respecto de este último, no solo dice que no era su intención ofrecer un argumento que refutara al escéptico cartesiano, sino que sugiere que su prueba del mundo exterior es compatible con sostener que *no es posible* dar una prueba frente a él. Más aun, Moore no era insensible al riesgo de argumentar circularmente frente al escéptico y, como Wright, pensaba que tal argumentación no podía ser eficaz. Leemos, en otro trabajo, con referencia al planteo del problema del mundo exterior en Hume: “Me parece a mí que tal posición [que no somos capaces de conocer hechos externos] debe, en cierto sentido, ser imposible de refutar. Eso debe reconocerse frente a cualquier escéptico que se sienta inclinado a sostenerla. Cualquier argumento válido que pueda proponerse en contra debe ser del tipo de la *petitio principii*. ¿Cómo podría probarse a sí mismo el escéptico que conoce algún hecho externo? Solo puede hacerlo proponiendo alguna instancia de un hecho externo, que de hecho conozca; y, al suponer que efectivamente conoce esta, estaría, por supuesto, haciendo una petición de principio sobre el asunto. Es por tanto ciertamente imposible que alguien pruebe, en un sentido estricto del término, que efectivamente conoce hechos externos. Solo puedo probar que los conozco, mediante la suposición de que en algún caso particular realmente lo conozco. Esto quiere decir que la así llamada prueba debe suponer la misma cosa que pretende probar. La única prueba de que conocemos efectivamente hechos externos radica en el simple hecho de que efectivamente los conocemos. Y el escéptico puede negar que conozca ninguno, con perfecta consistencia interna”¹⁷.

Podemos agregar también que la distinción trazada por Moore en nuestra cita anterior entre los filósofos que han sostenido que no existen cosas exteriores a nosotros y los filósofos que han planteado que no podemos conocer que existan cosas exteriores a nosotros, es paralela a la identificación de las dos posiciones que ha de enfrentar su defensa del sentido común¹⁸. De modo que,

¹⁶ Cf. Moore, G.E., “Reply to my Critics”, 1952, en: P. Schlipp (ed.), *The Philosophy of G.E. Moore*, Library of Living Philosophers-Open Court, 1999, p. 668 (disponible digitalmente en: <http://www.opencourtbooks.com/categories/llp.htm>).

¹⁷ Cf. Moore, G.E., “Hume’s Philosophy”, 1908, reimpresso en: Moore, G.E., *Philosophical Studies*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1922.

¹⁸ Cf. Moore, G.E., “A Defence of Common Sense”, en: *Philosophical Papers*, Londres: George Allen & Unwin, 1959, pp. 32-59.

aunque no responde al estilo de Moore analizar con más detalle los problemas que presentan las posiciones que discute, resulta claro que creía pertinente distinguir entre las diferentes variantes de las posiciones idealistas, por un lado, y, por otro, las dificultades que planteaba responder al desafío escéptico sobre nuestro conocimiento del mundo exterior.

Una primera razón por la que este punto es normalmente pasado por alto en los trabajos sobre PME está dada –podemos conjeturar– por la dificultad de considerar el contexto histórico en que es planteado el argumento, contexto dentro del cual la discusión con las filosofías idealistas todavía vigentes en Inglaterra a principios del siglo XX fue uno de los frentes de discusión principales en los albores de la filosofía analítica. Debemos recordar, en ese sentido, que Moore, al igual que Russell, dio sus primeros pasos en filosofía bajo la influencia de dicha tradición idealista, y que su posterior distanciamiento y polémica contra ella dejó su marca en su modo de pensar acerca de estos problemas clásicos¹⁹.

Esta sería, en cualquier caso, una explicación histórica, externa, de la dificultad planteada por el argumento de PME, pero es claro que no podría ser el fin del asunto. De hecho, reconocer que el rival dialéctico de PME es el idealista, y no el escéptico, nos acerca a resolver nuestro problema pero parece plantearnos un problema nuevo a su vez: si Moore reconocía que el hecho de que no pudiese probar las premisas del argumento hacía que este fuese inviable como respuesta ante el escéptico, ¿por qué no podría plantearse la misma dificultad en el caso del idealista? Esto es, ¿por qué no podría un idealista escudarse en el mismo tiempo de protección y contestar que lo único que ha establecido Moore ha sido un condicional, y que meramente afirmar la verdad de las premisas, sin ofrecer una justificación, no es un modo suficiente de apoyar su conclusión según ningún estándar argumentativo?

Mi intención en lo que sigue es ofrecer una respuesta a esta cuestión clave para la lectura del argumento de PME. De momento podemos precisar hasta dónde hemos avanzado: por un lado, Moore afirma conocer la verdad de sus premisas; por otro, afirma no estar en condiciones de ofrecer una *prueba* de ellas. Su evaluación de la situación es que esta carencia probatoria invalida

¹⁹ La discusión contra el idealismo es también el tema de un artículo anterior de Moore: "The Refutation of Idealism", en: *Mind*, XII, 48 (1903), pp. 433-453. La importancia de la polémica contra el idealismo para el desarrollo temprano de la filosofía analítica es explorada por Rockmore, T., *Hegel, Idealism and Analytic Philosophy*, New Haven: Yale University Press, 2005; especialmente, en el capítulo primero.

a su argumento como argumento contra el escéptico pero no contra el idealista. Para comprender por qué esto es así deberemos tener en cuenta dos elementos: las ideas de Moore respecto de la situación dialéctica en que nos encontramos frente al escéptico cartesiano, y el planteo epistemológico que subyace al argumento metafísico de PME.

4. Moore frente al escéptico

Como vimos, la problemática planteada por las hipótesis escépticas solo aparece tangencialmente en PME, en cuanto Moore indica que su argumento no puede ser un argumento anti-escéptico ya que se encuentra inerme frente al clásico argumento del sueño. Este diagnóstico, que opera como trasfondo para el argumento anti-idealista de PME, es abordado directamente por Moore en dos trabajos posteriores: “Cuatro formas de escepticismo” y “Certeza”²⁰.

A pesar de que en estos trabajos Moore desarrolla ideas y argumentos diferentes de los que encontramos en PME, la lectura de ambos es crucial para nuestro tema en la medida en que nos permite establecer algunas precisiones sobre el modo de entender el problema escéptico que Moore da por supuesto en PME. En ese sentido, un primer punto de interés para nosotros es que resulta claro en estos textos que el tipo de problema que Moore tiene en mente al hablar del escepticismo es el que tiene su paradigma en las *Meditaciones* de Descartes, esto es, un problema sobre la relación entre la experiencia y la realidad. El punto merece ser resaltado dado que, dentro de la tradición epistemológica, supone un contraste relevante con un segundo tipo de problema escéptico cuya historia puede remontarse hasta las *Hipótesis Pirrónicas* de Sexto Empírico²¹. Este segundo tipo de escepticismo nos presenta un problema

²⁰ Cf. Moore, G.E., “Four Forms of Scepticism” y “Certainty”, ambos en: *Philosophical Papers*, Londres: George Allen & Unwin, 1959, pp. 196-225 y 226-251 respectivamente. Ambos trabajos fueron escritos a principios de los cuarenta, luego de PME, pero algún motivo llevó a Moore a posponer su publicación hasta su inclusión en el tomo *Philosophical Papers* en 1959. Debemos notar sobre “Certeza”, en particular, que en el prefacio de dicho libro, Moore muestra importantes reparos sobre el artículo, indicando que contiene “errores graves... que ahora no veo cómo corregir” (Moore, G.E., “Certainty”, p. 13). Es imposible precisar exactamente qué aspectos del trabajo dejaban disconforme a Moore, aunque una nota del editor indica que podía estar refiriéndose a los últimos párrafos, donde Moore sugiere que podría haber un camino lógico para descartar la hipótesis del sueño sobre la base de la conjunción de las experiencias sensoriales actuales y los recuerdos pasados.

²¹ La distinción entre ambos tipos de problemas es elaborada en detalle por Michael Williams, siguiendo en los puntos esenciales la lectura del contraste entre las implicancias y presupuestos de ambos que propusiera mucho antes Hegel. Cf. Williams, M., “Descartes and the Metaphysics of Doubt”, en: Cottingham, J. (ed.), *Descartes*, Oxford: OUP, 1998;

respecto de las condiciones para la justificación racional de nuestras creencias, y su estructura dialéctica es completamente general; en particular, nada en el planteo pirrónico descansa sobre la distinción entre conocimientos mediatos e inmediatos ni, por tanto, nada en su posición parece encerrar el riesgo de una salida solipsista. El núcleo argumentativo del planteo pirrónico está dado por el desafío que puede presentarse ante cualquier afirmación de conocimiento, bajo la forma de un trilema aparentemente inescapable entre tres opciones insatisfactorias: la mera afirmación dogmática, la justificación circular y el regreso al infinito en la cadena de justificaciones²². En la próxima sección volveremos sobre la relevancia que puedan tener las ideas de Moore para la respuesta a este tipo de desafío escéptico.

Tal como es descrito en los textos de Moore, en contraste, el problema escéptico consiste en un tipo peculiar de problema para concebir la relación entre nuestra experiencia sensorial y la realidad. El problema, en particular, está dado por la necesidad de responder ante el desafío presentado por las hipótesis escépticas ante cualquier intento de justificar nuestro conocimiento del mundo a partir de información obtenida por medio de los sentidos. Si el planteo del escéptico pirrónico presupone, en última instancia, una serie de ideas epistemológicas acerca de la estructura de la justificación, el planteo del

Williams, M., *Problems of Knowledge*, Oxford: OUP, 2001; así como, Hegel, G.W., *Relación del escepticismo con la filosofía*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2006. Siguiendo a Williams, utilizaré aquí el nombre de "pirrónico", en sentido amplio, para referirme al problema general acerca de la justificación de nuestras creencias que describo a continuación en el cuerpo del texto, aun cuando dicho problema, tal como lo consideraremos aquí, no coincida exactamente con el planteo del pirronismo histórico y deje fuera de consideración aspectos importantes del texto de Sexto. En particular, como me ha señalado uno de los evaluadores anónimos, el contexto práctico en que tiene lugar el planteo del escepticismo antiguo lleva a una distinción entre el criterio de verdad, bajo cuya órbita se plantean los problemas acerca de la justificación, y el criterio práctico que sirve de guía para la acción; y esta distinción opera, a su vez, sobre el trasfondo de una distinción anterior entre las creencias que son objeto de evaluación epistémica y las que se nos imponen de forma involuntaria. Resulta interesante considerar que, en este sentido, el pirronismo histórico puede no estar tan lejos de la posición defendida por Moore, según la interpretación que defenderé de esta más adelante en este trabajo. Una conclusión similar es defendida por Fogelin respecto de la relación entre el pirronismo y las ideas epistemológicas del último Wittgenstein, ver: *Pyrrhonian Reflections on Knowledge and Justification*, Oxford: OUP, 1994.

²² Podría pensarse entonces que, si fue la variante cartesiana del problema la que estructuró las discusiones epistemológicas acerca de la experiencia, fue la variante pirrónica la que dio forma a las discusiones acerca de la justificación, donde las diferentes variantes del fundacionismo y del coherentismo han intentado brindar descripciones virtuosas de las salidas dogmática y circular respectivamente. Esta interpretación es la desarrollada por Robert Fogelin y Michael Williams (cf. Fogelin, R., *Pyrrhonian Reflections*, o.c.; Williams, M., *Problems of Knowledge*, citado en n. 21 *supra*).

escepticismo cartesiano presupone, al menos, una distinción entre conocimientos mediatos e inmediatos que, según el camino usual, puede llevar a su vez a una forma de fundacionismo epistémico. El punto que debemos recordar en nuestra lectura de PME es que Moore claramente acepta estos supuestos epistemológicos del planteo del problema y, por tanto, cuando considera la perspectiva de ofrecer una respuesta frente al escéptico, lo que está en juego es siempre la posibilidad de una respuesta directa (en contraste con, por ejemplo, una respuesta terapéutica al estilo wittgensteiniano). El punto surge claramente en “Cuatro formas de escepticismo”: “Creo que hay cosas acerca de mí mismo que sé inmediatamente... Pero no puedo evitar acordar con Russell en que nunca conozco *inmediatamente* que tal persona tiene conciencia, ni ninguna otra cosa que sea *lógicamente incompatible* con ‘Este percepto fue producido por un genio maligno’. Donde, sin embargo, difiero de él [Russell] es al suponer que efectivamente conozco con certeza cosas que no conozco inmediatamente y que no se siguen lógicamente de nada que conozca inmediatamente”²³ (cursivas en el original).

La referencia a Russell aquí no es casual ya que son precisamente posiciones de Russell²⁴ las que Moore considera en estos trabajos como paradigmas de la posición escéptica. Esto es revelador también para nosotros en otro sentido, dado que hay otro elemento que Moore concede al escéptico en versión russelliana, y es la ecuación entre “conocer” y “conocer con certeza”, expresiones que, de hecho, utiliza a lo largo de estos trabajos de modo casi intercambiable. Este punto arroja luz sobre la insistencia de Moore a la hora de resaltar que lo que no podía ofrecer era una *prueba* contra el escepticismo. Podemos precisar entonces el sentido de esta idea: ningún argumento podría llegar a una conclusión anti-escéptica por medio de una inferencia deductiva válida partiendo de premisas que describan mi conocimiento inmediato de mi experiencia sensorial.

De esta manera, si pensamos en el menú de variantes en que puede presentarse el problema, lo que Moore tenía en mente al hablar del escepticismo no solo era del tipo particular que representa el escepticismo cartesiano sino que, además, se trataba de lo que, en la terminología de Michael Williams, podríamos llamar un problema *no-radical*: lo que está en juego en la discusión con Russell no es un desafío al carácter justificado de nuestra visión ordinaria del

²³ Russell, B., *An Analysis of Matter*, (1927), Londres: Routledge, 1997, p. 225.

²⁴ Cf. *ibid.*; y *An Outline of Philosophy*, Londres: George Allen & Unwin Ltd., 1927.

mundo²⁵, sino un problema acerca de nuestras afirmaciones de conocimiento concebidas desde estándares demostrativos estrictos²⁶. El escepticismo ruse-lliano es un paradigma de un escepticismo no-radical en el sentido anterior: es un escepticismo ilustrado, cauto, planteado como una concepción falibilista de la investigación empírica y con una concepción del conocimiento ligada estrechamente a los estándares demostrativos de las ciencias formales. En particular, el escepticismo de Russell no implica de ningún modo negar que tengamos creencias justificadas acerca del mundo, incluso creencias que muy probablemente sean verdaderas. Si fuese entonces en relación con *ese* tipo de estándares demostrativos que la verdad de las premisas de su argumento no puede ser *probada*, no parece quizás ya tan raro que pueda plantearse que, a pesar de ello, la verdad de las premisas del argumento podría ser conocida o creída justificadamente.

Llegados a este punto, parece razonable pensar entonces que, si se han realizado todas estas concesiones al planteo del escéptico, resulta efectivamente imposible ofrecer ninguna respuesta directa satisfactoria al problema²⁷. Tanto en "Certeza" como en "Cuatro formas de escepticismo", sin embargo, Moore sugiere la posibilidad de otro tipo de estrategia argumentativa que no busque ya *probar* que el escenario planteado por las hipótesis escépticas es falso, sino que logre alcanzar una suerte de *impasse* argumentativo que favorezca

²⁵ Para ser más precisos, deberíamos decir que el único elemento de nuestra concepción ordinaria del mundo que se vería amenazado por este tipo de escepticismo es que muchas de las cosas que decimos acerca de las cosas que conocemos dejarían de ser literalmente correctas. En este sentido, el desafío planteado por la tesis idealista es mucho más fuerte.

²⁶ En los términos propuestos por Williams (*cf.* n. 21 *supra*), una forma radical del planteo escéptico intenta mostrar que nuestras prácticas epistémicas fallan en satisfacer nuestros estándares *ordinarios* de justificación. Un escepticismo no-radical, en cambio, sostiene que nuestras prácticas epistémicas pueden estar justificadas en relación con nuestros estándares ordinarios pero no en relación con un conjunto más adecuado o más estricto de estándares de evaluación epistémica. De este modo, una forma no-radical de escepticismo no representa un desafío para la idea de que nuestras creencias están justificadas, sino que puede ser reinterpretada como una discusión acerca de la suficiencia de la justificación para respaldar una verdadera pretensión de conocimiento.

²⁷ James Pryor ha intentado desarrollar un argumento inspirado en PME para ofrecer precisamente este tipo de respuesta directa ante el escéptico, aunque se trata en este caso de una respuesta que pretende ser epistémicamente correcta pero no efectiva dialécticamente, en cuanto no supone responder al desafío en términos que el propio escéptico pueda considerar aceptables. El proyecto de Pryor consiste en desarrollar una epistemología "dogmática" de la percepción en que simplemente tener ciertas experiencias ofrezca justificación en el sentido relevante para hacer afirmaciones acerca del mundo. Al margen del valor que puedan tener en sí las ideas de Pryor, esta línea de pensamiento acerca de la experiencia claramente no es la que favorecía Moore ni en PME ni en sus demás trabajos. Para las referencias a los artículos de Pryor (*cf.* n. 3 *supra*).

a la posición ordinaria, anti-escéptica. Aunque la estrategia tiene puntos en común, los argumentos son diferentes en ambos textos. En “Certeza”, Moore ensaya una respuesta al argumento del sueño que parte de aceptar que no sabemos las cosas que ordinariamente creemos saber, a no ser que sepamos también que no estamos soñando, pero insiste en que el condicional funciona con la misma fuerza en el sentido contrario; esto es, si realmente sé en este momento que *estoy* escribiendo, entonces sé que no estoy soñando. A partir de allí, Moore intenta desarrollar un argumento basado en la evidencia sensorial y la memoria para la justificación ante el escéptico de afirmaciones empíricas ordinarias, aunque el texto no alcanza una conclusión taxativa²⁸.

En “Cuatro formas de escepticismo”, Moore retoma la idea de que el condicional entre la (in)corrección del planteo escéptico y la (in)corrección de una afirmación de conocimiento ordinaria es igual de fuerte en ambas direcciones, poniéndola ahora en otro uso. Allí es donde Moore analiza los supuestos epistemológicos del argumento que cree reconocer en Russell, de los que enumera cuatro:

1. No tenemos conocimiento inmediato de juicios del tipo de “esto es un lápiz”.
2. Este conocimiento no se sigue de nada que conozca inmediatamente.
3. Si 1 y 2 son verdaderas, mis creencias o conocimientos sobre tales cosas han de basarse en alguna forma de argumentación analógica o inductiva.
4. Todo lo que se base en ese tipo de argumentaciones no puede ser conocido con certeza.

A partir de estos supuestos puede construirse un argumento escéptico cuya conclusión niegue que conozcamos con certeza juicios del tipo de “esto es un lápiz”. El punto de Moore es que, toda vez que el argumento escéptico es incompatible con la afirmación ordinaria de que conocemos cosas del estilo de “esto es un lápiz”, lo que el argumento russelliano nos revela es una disyuntiva: hemos de rechazar alguno(s) o todos los supuestos del argumento escéptico, o hemos de rechazar que conozcamos (con certeza) cosas del tipo en cuestión. La sugerencia de Moore parece ser entonces que no hay modo racional de sentirse más seguro (*to feel certain about*) de la corrección de las premisas que llevan a

²⁸ Es probable que la referencia que encontramos en el prólogo del libro acerca de la insatisfacción de Moore con este artículo refiriera a este argumento en sus últimos párrafos (cf. n. 20 *supra*).

la conclusión escéptica que de la afirmación ordinaria de que conocemos cosas del tipo de "esto es un lápiz"²⁹.

Un punto curioso de este argumento es que los presupuestos epistemológicos del argumento escéptico son todos supuestos que Moore se ve inclinado a aceptar (con matices, sin embargo, en el caso de [4]), y podemos conjeturar que esa es una de las razones por las que este argumento no es considerado en PME, donde afirmaba sin más no poder responder ante el desafío de las hipótesis escépticas³⁰. En cualquier caso, el argumento, tal como es formulado por Moore y como lo reconstruimos aquí, no parece abrir un camino prometedor en la medida en que está basado en una consideración de certeza como confianza subjetiva antes que en una concepción epistémica de la certeza o el conocimiento. En particular, en la medida en que entendamos el problema planteado por las hipótesis escépticas como un problema de subdeterminación, esto es, en la medida en que el problema está dado por el hecho de que toda la evidencia disponible es *igualmente* compatible con el escenario escéptico y con la concepción ordinaria de nuestra situación epistémica, parece que no hemos avanzado mucho al insistir simplemente en que estamos más acostumbrados a pensar la situación de una forma que de otra.

En cualquier caso, la consideración de estos trabajos y estos otros caminos argumentativos intentados por Moore es relevante para nuestro problema respecto del argumento de PME en la medida en que arrojan luz sobre el modo en que Moore pensaba el problema planteado por el escepticismo cartesiano, pero el punto saliente para nosotros es que el argumento que Moore nos propone en su prueba del mundo exterior no es precisamente este último que hemos estado considerando.

²⁹ Lycan reconstruye un argumento similar a este como la clave para entender PME de un modo en que no consista en una petición de principio. Si bien se trata efectivamente de un camino intentado por Moore en otras ocasiones, es claro que este argumento implica muchas consideraciones que no forman parte del planteo de PME ni de su espíritu. Para la referencia al artículo de Lycan (*cf. n. 2 supra*).

³⁰ Soames resalta la importancia de este argumento pero, en línea con su interpretación irónica de PME, le asigna un valor casi terapéutico. Dado que el planteamiento escéptico supone una concepción restrictiva de qué podría contar como respuesta al problema, el sentido de este argumento en Moore consistiría en poner en evidencia esos presupuestos epistemológicos para sacar a la luz cuán irrazonable resultaría favorecer a ese constructo filosófico antes que a una simple afirmación de sentido común. El principal problema con esta lectura wittgensteiniana de Moore es que, como vimos, este aceptaba buena parte de los presupuestos epistemológicos del escéptico cartesiano. Eso es precisamente lo que hace que el problema fuese para él un verdadero problema y que, por tanto, haya mucho más que ironía en sus trabajos sobre el tema. Para la referencia al libro de Soames (*cf. n. 5 supra*).

5. El valor epistemológico del argumento de PME

Tenemos ahora una visión del modo en que Moore concebía la situación dialéctica frente al escéptico cartesiano y las razones que lo llevaban a pensar que no era posible *probar* que las premisas del argumento fuesen verdaderas. Podemos ahora considerar entonces la segunda parte del problema que antes definimos para la lectura de PME: ¿en qué sentido podría entonces el argumento de Moore ser efectivo todavía ante su rival idealista?

La respuesta a este punto es la clave del argumento de PME, y a pesar de que el asunto en discusión es el idealismo como tesis metafísica, el movimiento conceptual central que realiza Moore está dado por una idea epistemológica: podemos conocer (con certeza) la verdad de enunciados como “Esto es una mano” aun si no estamos en condiciones de probarlos en sentido estricto ni, *a fortiori*, articular razones que justifiquen nuestra afirmación. Y, en ese sentido, podemos saber que la tesis metafísica defendida por el idealista es falsa, porque podemos saber que afirmaciones del tipo de “aquí hay una mano” son verdaderas, aun cuando esto no pueda ser “probado” en el sentido preciso de prueba que está en juego en la discusión con el escéptico cartesiano.

Si es este, como propongo, el punto central detrás del argumento de PME, entonces no será sorprendente que este confluya con la idea rectora detrás del otro gran trabajo epistemológico de Moore, la “Defensa del sentido común”. El punto común al planteo de ambos artículos, punto que hace que leer a Moore pueda ser aún hoy una tarea provechosa para los epistemólogos, está dado precisamente (y contra el tipo de reconstrucción ofrecida tanto por Wright como por Pryor) por la ausencia de un intento de *justificar* ese tipo de enunciados empíricos a partir del nivel de la experiencia, aun cuando Moore creía que el *significado* de tales enunciados podía ser analizado en términos de enunciados más simples expresados en términos de *sense-data*, como intenta hacerlo en la “Defensa”³¹.

Esta probablemente sea la más interesante y la más original de las líneas probadas por Moore. Entendido de este modo, el núcleo epistemológico de su propuesta consiste en la idea que hay ciertas proposiciones aparentemente

³¹ Si atendemos a la precisión con que Moore escoge siempre su vocabulario, podemos resaltar la importancia de que esas mismas premisas que en PME resultan no precisar una justificación, pueden sin embargo ser objeto de una *defensa* en un sentido más amplio, en la medida en que forman parte de una visión de sentido común del mundo que resiste a los ataques de los filósofos. Agradezco a uno de los evaluadores anónimos por señalarme este punto.

empíricas y contingentes que consideramos, sin embargo, con tanta certeza como las proposiciones *a priori* de las ciencias formales o las creencias inmediatas sobre los contenidos de la conciencia. Este punto mooreano resulta especialmente interesante si consideramos que la tradición epistemológica ha sostenido casi unánimemente lo contrario, desde Platón hasta Russell y los positivistas lógicos, pasando por Descartes³².

Si lo entendemos de este modo, encontraremos que la tesis radical con que Moore pretende enfrentarse al idealista consiste en señalar que algunas de nuestras creencias acerca del mundo *no precisan* realmente de justificación. Presentada de esta forma, podríamos vernos tentados a pensar que esta idea de Moore es una variante de algunas de las ideas familiares en las discusiones epistemológicas. Podemos ver a Moore como una suerte de fundacionista, como sugiere Stroll³³. O podríamos entenderlo incluso como rechazando el análisis estándar del conocimiento como creencia verdadera justificada, adoptando una posición no-justificacionista, que podríamos ver como antecesora de las posiciones externistas en los debates contemporáneos³⁴. Creo que ninguna de las dos opciones es del todo satisfactoria. Entender a Moore como un fundacionista, al modo tradicional, no parece ser demasiado iluminador ya que las cosas que Moore afirma que conocemos sin precisar de justificación son realmente inusuales dentro del menú de opciones fundacionistas –en ello radica su originalidad– e incluye una serie indefinidamente grande de afirmaciones “de sentido común” que probablemente no puedan ser reducidas a una clase de creencias homogéneas o seleccionables a partir de algún criterio claro. De hecho, el propio Moore reconoce que no puede dar un criterio que seleccione a sus afirmaciones de sentido común al presentarlas en la “Defensa” mediante una definición por extensión que no pretendía tampoco ser exhaustiva.

Luego, entender que la clave de la posición de Moore está en el planteo de una posición epistemológica externista, como sugiere Coliva, implica pasar por alto otro rasgo clave de su posición, que es que Moore no sugiere en

³² Una excepción a esta larga tradición según la cual las afirmaciones *a posteriori* nunca pueden ser conocidas con certeza está dada por Thomas Reid y la Escuela Escocesa del Sentido Común, precisamente en su polémica contra los argumentos escépticos de Hume. Si bien, hasta donde alcanza mi conocimiento, no encontramos referencias directas a Reid en los textos de Moore, es más que plausible pensar que los haya conocido y que puedan haber influenciado su posición. Ver en este sentido el trabajo de John Greco, “How to Reid Moore”, citado en la n. 3 *supra*.

³³ Cf. Stroll, A., *Moore and Wittgenstein on Certainty*, Oxford: OUP, 1994.

³⁴ Esta es la lectura propuesta por Analissa Coliva en su libro sobre Moore y Wittgenstein, referido en la n. 3 *supra*; especialmente, el capítulo primero.

ningún momento que *cualquier* afirmación pueda sostenerse de esa forma sin un recurso adecuado a algún tipo de evidencia. Por el contrario, esta parece ser una característica especial de algunas de nuestras creencias, precisamente las que Moore estaría dispuesto a llamar “de sentido común”, aun si esta clase no pudiese ser definida con precisión.

Del mismo análisis que hemos realizado surge también que, pese a las afirmaciones de Moore respecto de la situación dialéctica ante el escéptico (basadas, como vimos, en su modo particular de entender los requerimientos que ha de cumplir todo intento de refutar las hipótesis escépticas), a pesar de ello la idea clave de Moore resulta ser una idea con un fuerte talante anti-escéptico, solo que el universo problemático relevante para su análisis no es ya el del escepticismo cartesiano, sino el de los problemas acerca de la justificación de nuestras creencias en la tradición del escepticismo pirrónico. Como vimos en la sección anterior, el problema explotado por las argumentaciones pirrónicas es un problema relativo a la estructura de la justificación, en la medida en que cualquier cadena de justificaciones parece tener que terminar forzosamente en una afirmación dogmática, en un argumento circular o en una regresión al infinito. En este contexto, el planteo detrás de PME supone un tipo particular de opción por la afirmación dogmática, particular precisamente en la medida en que se diferencia del modo de concebir la situación común a las opciones fundacionistas tradicionales.

Tal como lo hemos reconstruido aquí, el planteo detrás de PME no solo encierra, en germen al menos, la posibilidad de una línea de respuesta frente al problema pirrónico acerca de la justificación, sino que lo hace en una dirección que, a fin de cuentas, parece vislumbrar una ruptura profunda con el modo cartesiano de concebir nuestra situación epistémica, en la medida en que rechaza la necesidad de *justificar* sus certezas a partir de lo dado en la experiencia inmediata. En este sentido, cabe destacar, la salida que podemos encontrar sugerida en Moore ante el desafío pirrónico resulta ser anti-cartesiana en el sentido más amplio en que autores posteriores como Wittgenstein, Sellars u Austin, por nombrar algunos, propusieron romper con el punto de partida subjetivista de Descartes.

Es también en este sentido, podemos agregar, que el *Sobre la certeza* de Wittgenstein puede ser visto no solo como una respuesta a Moore y una crítica de sus ideas, sino también como un *desarrollo* a partir de esta idea epistemológica seminal que Wittgenstein creyó reconocer en PME y en la “Defensa”. Sin embargo, el propio Moore no parece haber sido siempre consecuente con este

planteo, al menos si entendemos las consecuencias de esta idea fundamental según el modo en que lo hace Wittgenstein; en particular, las ideas de Moore sobre el análisis de las proposiciones empíricas acerca del mundo en términos de *sense-data* parecen dirigirlo en sentido contrario al que, después del recorrido que hemos propuesto aquí, podemos reconocer como el núcleo anti-cartesiano de su argumento.